

todos los asistentes, y señaló con el dedo al asesino. Entónces se levantó un grito entre toda la multitud, que no se hallaba ménos indignada de la impostura del criminal, que conmovida por el milagro, con que Dios manifestaba la inocencia de Paladio. El asesino fué registrado: se le encontró el dinero robado: se vió que su espada estaba teñida de sangre, y la estimación en que hasta entónces habia sido tenido Paladio por su extraordinaria virtud, aumentó en el pueblo con esta señal evidente de la protección divina. Teodereto dice que en su tiempo se hallaba todavía tan viva la memoria de este prodigio, como si hubiera sido muy reciente.

Abrahám, imitador del género de vida de san Simeón y del bienaventurado Paladio, no fué ménos célebre que ellos por sus virtudes y sus prodigios. Nada más dice Teodereto; pero es muy suficiente para darnos una idea de su mérito. Dios la confirmó despues de su muerte con multitud de milagros que se realizaron en su tumba.

SAN SIMEON, PRIMER ESTILITA ¹

Tillemont, cuya autoridad como crítico aceptan los espíritus fuertes, hace notar, tratándose de las actas de san Simeón Estilita, que su historia es tan cierta como extraordinaria, y tenemos el consuelo de oponer á los que rehúsen prestarles fé, pruebas tan ciertas de lo que vamos á decir, que seria preciso rechazar la autoridad de los mejores historiadores. Cuanto más increíble parece esta his-

¹ Cosme, Teodoreto, Antonio, Teodoro el lector, Evagrio, Baronio, los Bolandistas, Tillemont, Baillet.

toria, tanto más ha querido Dios darle caracteres de autenticidad. Por una parte ha sido escrita por un discípulo que vivió á su lado, que le acompañó hasta la muerte, y cuya obra ha llegado hasta nosotros. Por otra parte Teodereto, uno de los más sabios obispos de Oriente, escribió todo lo que vió, y su relato también se ha conservado. Podemos añadir al mismo tiempo el testimonio de las Vidas de san Eutimio, san Teodosio, san Auxencio, y san Daniel Estilita, el de Teodoreto el Lector, el de Evagrius y el de otros muchos historiadores. Pero sobre todos estos testimonios tenemos como garantía un número infinito de personas, de todos los países, de todas condiciones y de toda clase de caracteres, á quienes Teodereto toma como testigos de lo que dice, y que vieron lo mismo que él. Lo cual no se hubiera atrevido á decir, si hubiese sospechado que algunos de los hechos que refiere eran contrarios á la verdad : pues todos los que cita hubieran podido argüirle de impostura. Teodereto no necesitaba justificar estos hechos para el tiempo en que escribía, pues eran conocidos de todo el mundo : sino que lo ha hecho por el temor de que en el trascurso de los tiempos pudiesen parecer tan extraordinarios, que se consideraran exagerados. Pero se consolaba pensando que siempre habrá personas suficientemente instruidas en las grandezas de Dios y en el poder de la gracia del Espíritu Santo, para no poner en duda su historia.

Todos los que se hallan, dice, bajo la dominación del imperio romano conocen al ilustre Simeón, que con mucha razón pudiera llamarse el milagro del universo. Los persas, los medos y los etiopes han visto sus trabajos, y su fama se ha extendido hasta los escitas y los nómadas ; pero aunque yo tenga tantos testigos de sus combates, como hombres hay sobre la tierra, temo escribirlos, no sea que parezcan increíbles á los que vengan despues de nosotros, ó que los consideren como fábulas : pues los hombres acostumbran

á medirlo todo con arreglo al curso ordinario del mundo, y á considerar como falso todo aquello que parece salir de los límites de la naturaleza. Pero los que conocen la grandeza de Dios y las maravillas de su gracia no rehusarán darles fé: y como por todas partes se encuentran personas que pertenecen á este número, abrigo la confianza de que esta historia será acogida por ellas. »

Lo que confirma aún más la verdad de esta historia es la reputación de san Simeón, tan extraordinaria como su misma vida. Muchos solitarios se han hecho célebres por sus virtudes y por sus milagros; pero puede decirse que san Simeón lo ha sido más que todos ellos, porque su vida es un puro milagro. Este concurso de testimonios de tantos pueblos no puede ménos de fundarse en un género de vida, que ha admirado á todo el mundo: pues no hay quién no vea en él una penitencia superior á las fuerzas de la naturaleza. No se trata de una acción pasajera, ni de un milagro publicado por testigos desconocidos, y de que puede dudarse sin peligro de pasar por incrédulo. Una acción pasajera, por singular que parezca, puede sernos sospechosa, porque no haya habido ocasión de examinarla, y un prodigio atestiguado por personas sin autoridad no puede considerarse como infalible, porque se teme, y con razón, que haya fraude ó demasiada credulidad por parte de los testigos.

Pero todo lo contrario ocurre con san Simeón: los testigos de su vida son innumerables y autorizados. Esta vida que puede llamarse un prodigio continuo, ha durado treinta y siete años á los ojos de todo el mundo. Hé aquí porque Teodereto le llama el milagro del universo: mientras que otros le llaman un ciudadano del cielo revestido de carne mortal: un hombre que imitaba en la tierra la vida de los ángeles en el cielo, colocado entre el cielo y la tierra, conversando con Dios y glorificándole como los es-

píritus bienaventurados: la luz del Oriente, la columna y el apoyo de la verdad, elevado sobre los demás hombres más por la eminencia de su virtud que por la elevación de su columna, y que desde lo alto de esta columna ilustra toda la tierra con la claridad de su virtud.

Si se desea saber porque ha querido Dios conducir á este Santo por un camiuo tan singular y sin ejemplo hasta entónces, podemos responder con el cardenal Baronio, que Dios le elevó en medio de la Siria como sobre un trono eminente, para hacerle doctor del universo y defensor de la fé católica, en medio de las dificultades y densas tinieblas con que procuraba oscurecerla la herejía, queriendo singularmente salvar por este medio á los sencillos é ignorantes, que, á lo ménos, eran capaces de conocer que la verdadera fé era la que les enseñaba este ángel de la tierra, y que él confirmaba con tantos milagros, siendo imposible que fuese falsa la doctrina que enseñaba, pues entónces el mismo Dios suscribiria á sus palabras de una manera tan auténtica.

Hemos creído necesario hacer este preámbulo ántes de exponer la vida del Santo, á fin de justificar su verdad en aquellos espíritus que combaten las maravillas de los santos sólamente por falsas preocupaciones, en lugar de juzgarlos según las reglas de una crítica exacta y severa: reglas que hemos procurado seguir con los autores modernos, que tan sabiamente las han empleado para discernir las historias sospechosas de exageración, de las que merecen un justo crédito, fundado en pruebas racionales. Esto es lo que hace decir á Baillet, que no será sospechoso de excesiva credulidad el considerar á este Santo como uno de los objetos extraordinarios que Dios hace aparecer en el mundo, más bién como monumentos de su poder y de su gracia, que como modelos de una conducta humana, y que esto es lo que deben tener en cuenta los que juzgan de todo se-

gún el curso ordinario de las cosas del mundo, y que acostumbran á considerar como falso todo lo que excede á su razón, ó que va más allá de lo natural.

Pero aún cuando los testimonios que acabamos de referir sean más que suficientes para considerarse como cierta la historia de san Simeón, parece que en un tiempo en que los pretendidos espíritus fuertes afectan excepcional, pero falsa instrucción contra todo lo maravilloso que se dice de los santos, ha querido Dios, para confundir mejor su incredulidad, que se encontrase una vida del Santo escrita extensamente por el sacerdote Cosme, autor contemporáneo, testigo ocular y amigo particular suyo, la cual sirve para confirmar más y más lo que los otros historiadores escribieron. Débese esta historia al docto Assemani, que la ha sacado de un manuscrito del Vaticano, escrito en lengua siriaca, y que él ha traducido al latin, poniéndola despues de las Actas de los Mártires, con prolegómenos y notas llenas de erudición y dictadas por una crítica severa.

Como la vida de san Simeón escrita por Teodoreto y por Antonio se halla en manos de todo el mundo en la Colección de los Padres de la soledad, dada en francés por Andilly, y como por otra parte la historia del sacerdote Cosme no fué conocida de Bolando, ni de Tillemont, ni de Baillet, ni de otros que han hablado de los solitarios, pues Assemani es el primero que la ha dado á luz, seguiremos de una manera especial su relato, y no añadiremos lo que dicen Antonio y Teodoreto sino en caso necesario, para no omitir cosa alguna que pueda contribuir á la gloria del Santo y á la edificación de los fieles.

Capitulo I.

El santo y muy amado de Dios Simeón nació en Sisán, aldea situada en el pais de los Maquíalos en Arabia, hacia

el año 388 según Tillemont, ó más bién en el 387 según el tiempo en que Assemani señala su muerte. Apenas nacido, le hicieron bautizar sus padres que eran cristianos. Tuvieron estos muchos hijos. de los cuales dos sólamente les sobrevivieron. á saber, Semiano, que fué religioso, y nuestro Santo que era más pequeño que éste.

Era muy jóven cuando su padre le dedicó á guardar sus ganados, y aún cuando vivió en los bosques y montañas, y alejado de las iglesias en que se instruye al pueblo, daba, sin embargo, señales de gran piedad y sabiduría. Amasaba con sumo esmero una goma odorífera que encontraba en el desierto, y la hacia quemar sobre una hoguera, que levantaba á manera de altar, deseando significar con este perfume de olor agradable los homenajes de su corazón. A esta sencilla y dulce expansión de su piedad añadía la práctica de la mortificación y de la caridad, privándose de parte de su alimento para darlo á los que padecían hambre.

Habiendo muerto sus padres, se vió obligado á ir á su casa para arreglar los asuntos de la harenca, que debia partir con su hermano, Viendo que el pueblo acudia á la iglesia los domingos, hizolo él también para cumplir sus deberes de cristiano. Entónces oyó por primera vez la lectura de las santas Escrituras que se hacia á los fieles, y preguntó á los que iban con él, que era lo que se leía, y le dijeron que eran los Libros santos que contienen los oráculos dictados por el mismo Dios á los escritores sagrados. Esto le causó vivísima impresión, y le hizo entrar en grandes sentimientos de respeto y de admiración, deseando que llegase el domingo siguiente para no perder nada de la divina palabra, para comprender su sentido y poner en práctica los mandamientos del Señor.

En su ardiente deseo de tributar un culto al Señor, buscó con empeño la goma odorífera para quemarla en honra suya, diciendo á medida que se elevaba el humo: « Suba